

De forma reiterada, entre zarzas traicioneramente espinosas y planicies sin escarpas, no he aprendido aún a atribuir a cada persona qué rol y lugar ocupa y debe, necesariamente, ocupar en mi existencia. Tropezar dos veces y muchas más en la misma piedra continúa siendo mi mayor virtud.

Este hábito, en sentido aristotélico, que en mí es una disfunción emocional, me arrastra espontáneamente al entusiasmo con los otros, a creer en ellos, y, posteriormente, descubrir machaconamente que la impostación es la virtud más extendida.

Siendo rigurosos, ni mi tendencia a dejarme embaucar constituye una virtud aristotélica, sino una falta de habilidad en el discernimiento, ni la máscara social, con la que los otros seducen para lograr sus propósitos, representa lo que el estagirita consideraba una virtud. En este último caso, sería posiblemente un vicio generado por esa disposición sensitiva desgajada de la razón y, en consecuencia, orientada por pasiones que se manifiestan sin orientación alguna.

Sea como sea, parece que lo fáctico no se conjuga felizmente con lo deseable o virtuoso. Así, y aunque el hábito haga la virtud, constato que, a veces, interiorizamos formas buenas de actuar que resultan terriblemente ingenuas en las sociedades actuales.

Cierto que, Kant ya advirtió que la virtud no nos hace más felices, antes percibió que ser virtuoso nos lleva a padecer, y solo nos hace merecedores de una vida feliz.

Según lo expuesto, o bien soy una humana con carencia de discernimiento, o bien la acción espontánea hacia el otro, que en mí es hábito y que podría, incluso en alguna medida, considerarse virtuosa, constituye un anacronismo para la supervivencia mental que tal vez, y por esta razón, no sea para nada virtud.

Repensemos, pues, qué debe ser eso de la virtud actualmente. Partiendo de la noción griega, *areté*, es la excelencia en la realización

del fin, o *telos*, propio de la naturaleza de cada ser. Esto, expresado, en otros términos, equivaldría a ser plenamente un perro de la forma más excelsa en que se puede ser perro. Trasladándonos al ser humano, ser virtuoso consiste en ser humano de la forma más eficaz y excelsa. Ahora bien, esta concepción que llevó a Aristóteles a determinar que el fin del ser humano es la felicidad, y, por ende, el individuo virtuoso es aquel que vive felizmente porque ha sabido dar con el equilibrio, que le ha proporcionado ese estado, resulta simple e insuficiente para entender al humano hoy, en una sociedad tan compleja y un mundo globalizado.

En primer lugar, porque la virtud es una cualidad del individuo y hoy en día es difícil pensar en un sujeto que no esté "sujetado" al mundo en el que vive y que, en consecuencia, no se vea embadurnado de la bajeza moral que el entramado socioeconómico y político nos tiende a todos como una telaraña.

En segundo lugar, porque si este es el contexto, tal vez ni la felicidad individual es posible para un humano hundido en el fango de la tragedia continua, ni la virtud sea una excelencia eficaz si no trasciende el ámbito del individuo –propio del liberalismo– para considerar la ineludible conexión y dependencia de unos con los otros.

En síntesis, quizás hoy la virtud no sea plena ni exclusiva del sujeto como individuo en sí, ni posible, si no es a su vez una disposición conjunta de humanos concienciados de la necesidad de cooperar los unos con los otros.